

El domingo, pan de la palabra

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (9 septiembre 2018)

Primera lectura: Is 35, 4-7a.
(*Los oídos de los sordos se abrirán.*)

Salmo responsorial: 145.
(*Alaba, alma mía, al Señor.*)

Segunda lectura: Sant 2, 1-5.
(*¿Acaso no eligió Dios a los pobres como herederos del Reino?*)

Evangelio: Mc 7, 31-37.
(*Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.*)

«Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: —Effetá (esto es, «ábrete»). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: —Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

24 de agosto:

SAN BARTOLOMÉ
APÓSTOL

Salvados del silencio de Dios

Jesús es nuestro Salvador y lo es porque nos redime. Redimir es comprar de nuevo, como los esclavos que eran redimidos si, pagado su precio, obtenían, además, el regalo de la libertad.

En el imaginario de los primeros cristianos, los hombres eran esclavos del pecado. Estaban atados por las cadenas del mal al mundo, que era el escenario donde reinaba el demonio. Cristo nos redimió porque nos compró al que nos tenía esclavizados —el pecado— y nos dio la libertad que no podríamos haber alcanzado si Él no hubiera pagado su precio: la obediencia amorosa a Dios.

Para estos primeros cristianos, el pecado esclavizaba incluso la realidad física, es decir, nuestro cuerpo. Por eso pensaban que las enfermedades eran fruto del pecado.

De ahí que la gran redención de Dios llegaría hasta los sentidos. Si el Mesías redimía, daría la libertad que consiste en que los ciegos vieran, los cojos caminaran y los mudos hablaran. Que los que ya se doblaban por la edad, se enderezaran, es decir, que la vejez no fuera tan dura.

Este imaginario de los judíos y los primeros cristianos hay que entenderlo de forma simbólica. No es verdad que el pecado nos ate a la enfermedad, pero sí es cierto que el mal nos sigue esclavizando y nos sigue atando y nos impide amar a Dios y a los hermanos.

Algunas de las cadenas sutiles con las que el mal nos esclaviza son: la



ceguera para descubrir a Dios en la creación y en nuestra vida, la sordera para escuchar su voz en su Iglesia, y la incapacidad para hablar de Él por medio de obras y palabras.

La cultura en la que vivimos, como la de todos los tiempos, tiene elementos positivos y negativos. Entre estos últimos está su empeño de esclavizar la inclinación natural de los hombres y mujeres hacia Dios.

Muchos padres se preguntan: ¿Cómo es posible que nuestros hijos e hijas no crean en Dios, no sigan la vida de buenos cristianos que les hemos enseñado? Y sufren mucho por ello.

La cultura en que vivimos tiene algo de esclavizante y nos ata al silencio de Dios por medio de la ignorancia o la presión social.

Sin embargo, Jesús nos ha redimido de esta esclavitud gracias a la Iglesia, la comunidad de bautizados, de nuestros hermanos cristianos que vivimos juntos nuestra fe, aunque solo sea domingo tras domingo. ■

Rafael Amo